



LAS «PARADES»

40

El día de Colón, el día de los exilados, la fiesta nacional, la llegada de un presidente o un monarca, son ocasión suficiente para que la Quinta Avenida se vista de gala. Y Nueva York parece estrenar alegría. Pero es muchas veces una alegría estereotipada, protocolaria...

Fijate bien en esta foto

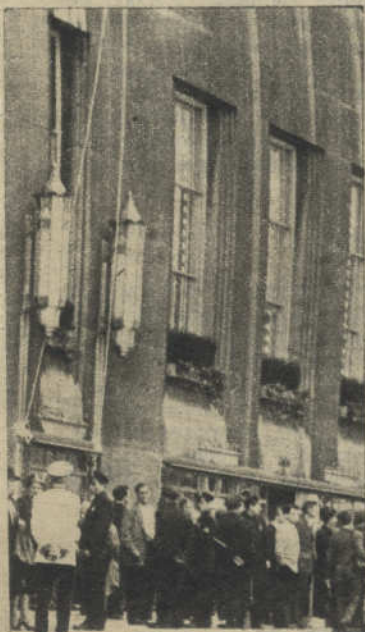
DEFENSA CIVIL

Nueva York, que ha temido siempre los incendios, se enfrenta a una nueva amenaza: la guerra atómica. ¿Puede ser esta ciudad el objetivo número uno de los cohetes teledirigidos rusos? Por ello, la defensa civil "vacía" a menudo la ciudad en ataques simulados para comprobar la eficacia de los refugios.

el periódico me lo han enviado de Millon

LOS PICKETS

Otra de las instituciones de la ciudad: por pocos dólares, en Nueva York se puede anunciar lo que se quiera, hablar bien o hablar mal de alguien. Único requisito que exige la policía: no estacionarse ni armar ruido.



NUEVA YORK



Rockefeller Center, vestido de luz y color, en las fiestas de Navidad

La ciudad mejor y peor construida para soportar un bombardeo atómico

La nieve se puso a caer a principio de la mañana, a pesar de las previsiones del Weather Bureau que anunciaban que el día siguiente al de Navidad sería claro y frío. A eso de las diez, la vida de New York se había amortiguado y, al mediodía, estaba casi suspendida. Los taxis resistieron algún tiempo, rodando a ciegas, pero los últimos capitularon a las cuatro de la tarde. La nieve seguía cayendo, y lo que nadie había creído posible se realizaba: en todo New York, en todo el inmenso y vertiginoso New York, el movimiento había cesado. Las calles se habían convertido en un desierto polar cubierto de centenares de miles de montículos blancos que eran otros tantos automóviles abandonados y sepultados. Los trenes no pasaban los puentes y los túneles; Broadway no abrió sus teatros; una multitud de habitantes del extrarradio acampó donde pudo; hubo hombres que murieron en los arrabales al intentar llegar a su casa a toda costa. Cuando la avalancha se detuvo al fin, mucho tiempo después de caer la noche, la tormenta de nieve había vencido a Megalópolis.

Ocurría esto en 1947, siendo alcalde William O'Dwyer. Regresó a toda prisa de Arizona en donde descansaba su corazón de la fatiga producida por los problemas municipales. En el aeropuerto de La Guardia, cerca de la pista despejada apresuradamente para su avión especial, tomó un micrófono y se dirigió a sus administrados. El llamamiento que lanzó («Nuestra ciudad atraviesa por el peligro mayor de su historia») pareció melodramático, y, sin embargo, tenía fundamento. Había en las casas millones de árboles de Navidad, muchos de los cuales tenían velas, contraviniendo las órdenes dadas: «Si estalla un gran incendio en los días que van a venir —advirtió O'Dwyer—, no podremos combatirlo.» Había ocho millones de bocas que alimentar, y el sistema de transporte estaba completamente desorganizado: «No os precipitéis a las tiendas de comestibles —suplicó O'Dwyer—; os aseguro que nada os faltará.» Sin embargo, difícilmente hubieran podido evitarse disturbios si los neoyorquinos hubieran podido sospechar que la parálisis de la ciudad iba a durar una semana. En ciertos barrios del West Side la nieve dejó impracticables las calles durante un mes.

La crisis del agua estalló dos años más tarde. Durante semanas, los servicios municipales esperaron la lluvia en silencio, pero el 12 de diciembre de 1949 se vieron obligados a anunciar al público que los dos depósitos de Catskill y de Croton estaban reducidos al 33,4 por 100 de su capacidad. Fueron decretadas medidas espectaculares para reducir un consumo que amenazaba con secarlos completamente. El jueves fue declarado «water holiday» o «día sin agua». En ese día los hombres no se afeitaban, hombres y mujeres no se bañaban, y la vajilla, que lavan juntos, sólo se fregaba una sola vez para todo el día. Se prohibió el lavado de coches. Esta medida, junto con las restricciones de agua que alcanzaban a los servicios de limpieza, dio rápidamente a New York un aspecto repelente.

La crisis del agua se resolvió cuando volvió la pluviosidad, pero sigue constituyendo una amenaza permanente, y los grandes trabajos de traida de aguas emprendidos en el valle del Delaware están lejos de ir al mismo paso que el crecimiento de las necesidades. Este no es, por otra parte, más que uno de los problemas insolubles de la inmensa, magnífica e imposible ciudad. New York ha demostrado ya varias veces que la lógica no existía, que las matemáticas eran falsas y en cuanto a las estadísticas municipales, ¡para qué hablar! En principio los neoyorquinos deberían morir por lo menos una vez por semana de asfixia, inanición o fatiga nerviosa. La ecuación entre la circulación y las calles demuestra que estas últimas deberían estar embotelladas de una manera inextricable. La ecuación entre el metro y los que el argot neoyorquino llama «sardinas» demuestra que hecatombes teóricas se producen varias veces al día en los subterráneos, dando lugar a la muerte por aplastamiento de millares de personas. Los puentes y túneles «no pueden» bastar a las relaciones entre New York y el universo: el abastecimiento «no puede» llegar en cantidad suficiente, incluso durante los días de sol, y el precio del terreno «no puede» permitir la renovación de las casas. New York es desmentido por varias «a + b».

New York es a la vez la ciudad peor y mejor construida del mundo para soportar un bombardeo, ya sea atómico o no. Extensos barrios de Brooklyn, de Queen, etc., constituidos por pequeñas viviendas, podrían ser arrasados sin ninguna dificultad especial. Los gigantes de Manhattan, por el contrario, son sólidos, solidez que quedó demostrada el 27 de julio de 1945, cuando una superfortaleza volante B-25 se estrelló en plena niebla contra el piso 79 del Empire State Building sin causar al edificio daño apreciable. Una bomba atómica gastificaría la materia en la vertical del punto de explosión, pero sus radiaciones, como oleadas de hálito y de calor, serían rápidamente atenuadas por las masas de

hormigón con que tropezarían. Se admite por la Defensa Pasiva que existe una seguridad satisfactoria en los grandes «buildings» a partir del séptimo piso por debajo del tejado. Por tanto, el problema de los refugios no existe prácticamente en Manhattan. Lo que existe es la pesadilla de un pánico y de una tentativa de huida motorizada, que podría dar lugar a una espantosa carnicería.

Bajo el signo de los holandeses

A las múltiples dificultades de New York se añade, pues, el problema de su protección y de su evacuación. Es más difícil y más angustioso que en ningún otro sitio. Y los responsables de esta situación, los autores de la fragilidad que asocia New York a su solidez de acero, los imprevisores que han planteado al City Hall inhumanos problemas de paz y de guerra son los holandeses.

Fundaron New York («New Amsterdam») en 1624. Dos años más tarde el gobernador Peter Minuit compró la isla de Manhattan a los indios. Aquella adquisición es llamada frecuentemente el trato más leonino de la Historia: en realidad, los que fueron robados fueron los compradores. Cuando los holandeses hubieron pagado a los indios los 25 «gulden» de quincalla y de abalorios del precio convenido, se dieron cuenta de que el jefe que les había vendido la isla no era el propietario de ella, y tuvieron que conquistarla por las armas contra otra tribu. Pero nunca pensaron en abandonar —y tampoco los ingleses, que llegaron después de ellos— aquella larga flecha de tierra maravillosamente situada entre un río, un brazo de mar y un rápido curso de agua que completaba a su alrededor un foso continuo. Grandes extensiones onduladas, propicias para el cultivo, se extendían en 18 kilómetros, hasta las alturas escarpadas y boscosas del Sudoeste. No pensaron aquellos iniciadores de Historia en que cedían ante facilidades momentáneas y en que establecían la metrópoli del mundo en un emplazamiento demasiado estrecho. Obligaron a sus lejanísimos sucesores neoyorquinos a vivir entre las nubes y a soportar todos los inconvenientes de una pequeña isla que sirve de pedestal a una inmensa ciudad.

Durante largo tiempo —hasta 1898— New York fue una ciudad que únicamente crecía entre el Harlem River, el East River y el Hudson River. Era ya para los europeos un vértigo de movimiento y una batahola de metal cuando, bruscamente, dobló su población y decuplicó su extensión. Un «Anschluss» municipal la unió con las aglomeraciones surgidas más allá de sus puentes. No era más que una isla y se convirtió en un archipiélago. En lugar de una ciudad, hubo cinco: Manhattan, Brooklyn, Queens, el Bronx y Richmond, cada una con su aspecto, su patriotismo, su folklore y hasta su acento. El nombre de New York continuó flotando sobre ese cosmos.

Cada una de las cinco partes constitutivas de New York se llamaba un «borough», lo que significa técnicamente un Municipio. El «Anschluss» de 1898 fue imperfecto. New York tiene un Concejo Municipal común, pero el órgano principal de su maquinaria administrativa es un Directorio que lleva el curioso título de «Oficina de Estimación», y en el que los «boroughs» están representados en un pie de igualdad, a pesar de sus enormes diferencias de población y de riqueza.

Queens, el barrio de mayor riqueza

Los «boroughs» de New York son ciudades completas, teniendo cada una de ellas su centro y arrabales, calles mercantiles y distritos residenciales, barrios ricos y barracas. Pocos visitantes europeos «se dan cuenta» de esta característica tan original de la gran ciudad. Se imaginan a Manhattan como un foco de riqueza y al resto de New York, donde no ponen los pies, como simples arrabales a los que el Metro devuelve a los pobres a las seis de la tarde. Nada más falso. Al mismo tiempo que posee los lugares más relucientes y más opulentos del mundo, Manhattan es considerado en todos los estudios municipales como el «borough» que precisa más asistencia. Por el contrario, el que posee la mayor riqueza media por habitante es Queens (1.545.000 habitantes), que comparte con Brooklyn la fachada neoyorquina de Long Island. Es también el más extenso, y posee por lo menos la mitad de los ocho millones de árboles de New York, porque New York, a quien tanto se acusa de calvicie, posee, no obstante, tantos árboles como seres humanos.

Queens es también la estrella que sube. Hace cincuenta años no era más que unos cuantos pueblos dispersos. Se multiplicaron, se aproximaron, se unieron y fusionaron, pero conservando su carácter de grupos de viviendas individuales. Hasta hace poco tiempo no evolucionó Queens hacia formas netamente urbanas: industrialización y construcción de grandes inmuebles colectivos. Durante los diez últimos años ha ganado más habitantes que los otros cuatro «boroughs» reunidos: 235.000 en un aumento neoyorquino total de 382.000. Prolongando el movimiento al porvenir, es fácil descubrir hacia dónde se trasladará New York. Allí se encuentra el espacio, que a veces es inmenso, como la región lejana de Queens, en donde ha sido construido el International Airport de Idlewild, en medio de una llanura tan pelada como el Turquestán. El Sound, brazo de mar que separa Long Island del continente, se convertirá probablemente en el centro de una aglomeración de nueva estructura, cuyo foco será Queens.

Bronx y Brooklyn, mundos distintos

The Bronx, la única parte no insular de New York, no detenta más que un solo récord: el de los cementerios. Ocupan la quinta parte de su superficie y, en virtud de la ley de los contrastes, los bronxistas de la superficie (1.450.000) son los neoyorquinos más turbulentos. El radicalismo político —en el sentido americano de la palabra— se ha instalado allí, y el séptimo distrito legislativo ha elegido, hace algunos años, a un diputado casi comunista. El Bronx tiene hermosos barrios, pero, en conjunto, es el menos rico de los «boroughs», así como aquel en que es más elevada la proporción israelita. La Uni-

SIGUE